

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

SUMARIO

	Páginas	
Victoria Ocampo. Prisionera de Francia .	3	<i>Emilio Martín de Cáceres.</i>
Ideario Extremeño	10	<i>Donoso Cortés,</i>
Sonetos de ayer ..	11	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Recuerdos: En el castillo de las Seguras.	20	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Con- de de Canilleros.</i>
Villancicos barrocos: ¡Ay qué locura di- vina!	23	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Canción.....	24	<i>Jesús Delgado Valhondo.</i>
De etnología cacereña: «La vaquilla» y los cultos en honor del Niño-Dios, de Galisteo.....	25	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Carta lírica.....	31	<i>Manuel Monterrey.</i>
La Venta de Vargas	32	<i>Manuel Pacheco.</i>
Zurbarán en el Casón del Buen Retiro ..	33	<i>Antonio Agúndez,</i>
Amada enemiga	37	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Relatos eutrapélicos: Mi amigo Tomás Gutiérrez.....	39	<i>Eloy Soriano, Pbro.</i>
Nuestros clásicos: De la noche (Oda XLIII) ..	45	<i>Juan Meléndez Valdés.</i>
Sutil vuelo	46	<i>Rufino Delgado.</i>
Evocaciones: Manuel Monterrey Calvo y su último soneto	47	<i>Rufino Saúl.</i>
Soneto al vino.	49	<i>Luis Molina Santaolalla.</i>
Burgos.....	50	<i>Graciano Peraita González.</i>
El mundo de María: Peregrinaciones Pro- concilio y Pro-Unidad.....	51	<i>Marcelino González Haba.</i>
Llamas de capuchina	54	<i>José Canal.</i>
Una estrella	55	<i>Desiderio Macías Silva.</i>
Recuerdos de una Valencia lejana: Fútbol y literatura	56	<i>Ricardo de Val.</i>
Crítica sin hiel.....	59	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Recensiones.....	63	<i>Carlos Callejo.</i>
Nota de la Redacción	66	
Mirador: Crónica	67	<i>J. de la Navarredonda.</i>
Noticia de Revistas	69	<i>Equis.</i>
Libros recibidos	71	
Concursos literarios	72	
Láminas		

Fotos: Manufacturas Legazpi, Edi-
ciones Arriba, Heliotipia Artísti-
ca Española y Javier.



ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XVIII

JULIO a DICIEMBRE 1964

Núm. 143

Victoria Ocampo

Prisionera de Francia



ICTORIA vive en el Buenos Aires finisecular, un Buenos Aires nostálgico de Ribadavia, de Rosas, de Sarmiento y con huellas de la lucha de unitarios y de federales. No es, todavía, el Buenos Aires multitudinario, sin vinculaciones con la Pampa, pendiente del canto de sirena de las cotizaciones de Bolsa. Es un Buenos Aires patriarcal, de estilo rústico y pampero, con reminiscencias coloniales y ritmos de guitarra y bandoneón. A la ciudad no le son ajenas las labores de la *hacienda*, ni el desfile de la *tropilla* con su yegua madrina, ni la vida nómada a lo Martín Fierro del gauchaje. Todavía el peón cuando abandona la *chacra*, perdida en la monótona y plana geometría de la pampa, lleva a Buenos Aires la nostalgia del *boliche* y de las canciones del payador. Lindante con Buenos Aires, con sus magníficas *cuadras* que, empiezan a dar a su topografía el aspecto de un gigantesco tablero de ajedrez, está el mar sin límites ni confines de la pampa y el gauchaje de Lynch y de Reyles.

Victoria, estudia sus lecciones en una estancia amplia y luminosa. Su *nursey*, decorada con mobiliario de estilo francés —uno de esos estilos que hacen la gloria y el prestigio del *savoir faire* y del confort de la III República— da vistas a un galpón —esto tan típico y argentino— donde el peonaje esquila la lana grasa y blanda de las ovejas que conocen, con su andadura lenta, la vasta desolación patagónica y el paraíso de los pastizales de la pampa.

Por la calle en que está enclavada la residencia de Victoria, llena de resol y de un enjambre de moscas zumbadoras —lo mismo que en

la época colonial— se estiran los pregones callejeros. A su ventana llega ¡tan próxima está la campiña! el olor del heno, el mugido de las vacas y el balido de los carneros. Y Victoria, junto a la institutriz francesa, ¿mademoiselle Durant, mademoiselle Dupont? —tal vez se llame Geneviève, como Geneviève de Brabante que, tan persistente huella ha dejado en el recuerdo de Victoria —, conjuga verbos franceses aprendidos en la gramática de Larive. Para ella, ese idioma que asciende en el pregón callejero, con la caliente y cantarina fonética del país, es un idioma para la muchedumbre, un idioma —dirá ella más tarde— «casi primitivo y salvaje» que, en su casa señorial, únicamente se permite a las *mucamas* y, que, en la residencia antañona de la abuela, hablan con ritmo de dancón unos esclavos manumitidos por la ley y esclavos por el sentimiento y la costumbre.

Victoria, y sus amiguitas, todas morenas, espigadas, «peninsulares» por su aire, todas descendientes de linajes metropolitanos, de familias criollas con larga tradición en el virreinato —el fundador de sus estirpes fue, acaso, un marino vasco de la Real Armada, un capitán extremeño o, quizá, como en el de Victoria, un maestro, (Juan de Ocampo) que escribió, en un castellano áspero y castrense, su relación EL MAR DE LAS PERLAS. HISTORIA DE LA CONQUISTA DE NUEVA ANDALUCIA— se valen del francés, un francés académico, de exportación, con un rancio perfume corneliano y raciniano, para exteriorizar sus sentimientos. Han sido sometidas a esa deformación previa —tormento de la infancia de familias próceres suramericanas— de encajar un alma, racial y temperamentalmente española, en un idioma todo *nuance* y claroscuro que, sofoca la pujante vitalidad hispana trasplantada al suelo argentino. Para ellas, lo mismo que para sus progenitores, severos patricios argentinos, un poco británicos en su atuendo y en su preconcebido hermetismo, es el francés la lengua culta. El español es el lenguaje de la colonia, el de los antiguos dominadores, idioma apto solamente para el mando, para la invectiva y la imprecación y para expresar el lado práctico y material de la vida. Pero, en su medio, en ese mundo aristocrático de la alta sociedad bonaerense, el francés es el idioma por antonomasia.

Victoria y sus congéneres, a sus floridos quince años, no se permitirían —lo confiesa Victoria— emplear los calificativos de *bello* y *hermoso*. Estos calificativos asumían, en aquel *entonces* inicial del siglo, y entre el patriciado argentino, un aire de intolerable pedantería. «Habría enfermado —dice ella— si alguien me hubiera obligado a llamar *mece-dora* a una *silla de hamaca*». Otras voces españolas, nobles y definidoras, *estancia* que, el diccionario de la Academia define «mansión, habi-

tación, aposento donde se habita ordinariamente», significaba para Victoria, pura y simplemente, la *hacienda* inmersa en la monótona geometría de la Pampa, con su tedio desesperante, donde su adolescencia se consumía en una inútil espera.

Victoria y las numerosas Victorias, adolescentes e infantiles del Buenos Aires del 900 —Mendoza y la «Córdoba del Recuerdo» de Capdevila tenían esencia española y aún hoy sueñan y viven en español—, aprendieron el alfabeto en francés. Toda su mentalidad estaba inmersa en la corriente espiritual de Francia. Modas de la Rue de la Paix, Perfumes de Coty, de Bourjois. Vinos de Sauternes, de Chablis, de Burdeos, todo el sol y la fragancia del Languedoc y la Provenza concentrado en sus caldos. Las hadas, los enanos, los príncipes y los ogros hablaron para ellas en el francés de Perrault y en el de la aventurera y mixtificadora Madame D'Aulnoy. Álbumes de Gavarni, esculturas de David, pinturas de Vigèe-Lebrun, de Cézanne, de Renoir, música de Debussy. En todo, la impronta, el aire mental y espiritual de la isla de Francia, meridiano del mundo. Ciencia en manuales de Paul Berth. Historia sagrada en Duruy. Prerrafaelismo de Ruskin, a través de la traducción francesa firmada por un adolescente desconocido, niebla y ensueño, Marcel Proust, que velaba sus armas para descubrir, entrado el siglo, a Gilberta, la protagonista del mundo delicuescente y fantasmal de Guermantes.

Cuando un amigo de la familia, español, o argentino con amor a España, ponía en sus manos *Doña Perfecta*, *Juanita la Larga* o *El sombrero de tres picos*, la prosa llana, mesocrática, sin fanfarria bélica de Galdós, la ágil, colorista e inquieta de Pedro Antonio de Alarcón, o la clásica y protocolaria de Valera, les resultaba intolerable, y, el español, un idioma *quindé*, con todo lo peyorativo que encierra este vocablo.

En toda aquella sociedad que circundaba a Victoria, que, cerraba su horizonte mental y la clausuraba en un mundo de preconceptos y consignas, nadie le hablaba de los místicos de la meseta castellana, nadie la guiaba hacia la prosa diáfana y transverberada de Dios de Santa Teresa, de la «noche oscura» del frailecito carmelitano de Fontiveros, de la dulce y jugosa prosa de los «Nombres de Cristo» de Fray Luis, de un idioma hecho para ser hablado por ángeles y en presencia de Dios.

En esa edad en que, el corazón ávido de sensaciones, busca en los secretos hontanares del alma para saciar su hambre inextinguible de poesía, su anhelo de eternidad, es toda la lírica francesa de los *ismos*: Leconte de L'Isle, Mallarmé, Baudelaire, Verlaine, la que colma este anhelo trascendente de superación, de unión con lo eterno y divino. El momento poético de España no es propicio para la «nuance», para el

claroscuro. Broncas voces alzan su tono en la poesía castellana. Allá, en un rincón mediterráneo, se inicia un vuelo de palomas con Salvador Rueda, precursor de otro de alcotanes nacidos en la España americana. Después, cuando Rubén, indígena y español, con su aire magnífico de mestizo, su faz torva y atormentada, su bamba gruesa de aborigen nicaragüense, preludia su canto en verso español sobre pauta francesa pero, con un entrañable e insobornable espíritu racial, Virginia y sus congéneres no resisten esta voz varonil que, si canta los lises de Francia, sabe también cantar con aire de romancero al Cid y a Isabel la Católica, paradigmas de la raza, imprecicar al Nemrod de América y afirmar, frente a los descendientes del «May Flower», la catolicidad y la hispanidad de la América meridional. Pero a Victoria, le parece Darío una parodia de Verlaine y, como Victoria, en 1931, al referirse a su infancia no nos dice, en una nota marginal, cual sea su concepto actual de Rubén Darío, Victoria Ocampo debe una explicación al mundo de habla hispana sobre Darío.

Ya Victoria va granando como mujer y como escritora y, en Argentina, se inicia el retorno a España, la vuelta a los orígenes postcolombinos. Y Larreta, Levillier y Capdevila con su imponderable «Babel y el castellano», se orientan hacia el meridiano de España. Y a la otra banda del Plata, en el Montevideo académico, José Enrique Rodó va tallando la prosa lírica y emocionada de su ARIEL y MOTIVOS DE PROTEO.

Para Victoria empieza en 1908 la era de sus desplazamientos. El periplo que, antiguamente, la juventud griega realizaba por el Mediterráneo, para la juventud de la España austral se convierte en el viaje, con retorno, a Europa. Y decir Europa en las márgenes del Plata, en los años niños del siglo, era decir París. Y a París llega Victoria con la gracia de sus dieciocho años y sus sentidos despiertos a la influencia de la cultura francesa, influencia de lo visual, de lo táctil, de lo inaprehensible y de lo inefable que está en el aire bimilenario de una ciudad como París, protagonista de historia en el tiempo y en el espacio. Es allí donde realiza la experiencia de ponerse en contacto con el mundo sonoro de «Pelléas» y de las «Canciones de Bilitis», de Debussy al que, ella, por una perfecta ecuación de afinidad entre su ritmo interior, secreto e inexpressable, y el ritmo hecho armonía de Debussy, llama Claude Achille.

Y, es en París, donde a ella, auténtica *meteca*, a quien su acento bonaerense traiciona en su francés literario, un artista —Victoria guarda el secreto— la interpela con esa simpar idiosincrasia boulevardiera: ¿Pero, en suma, qué es un argentino? Y, aún cuando Victoria, con su amor

fetichista y mimético de lo francés, disculpe la intemperancia, el interlocutor —Francia por él— expresa en ese interrogante el concepto de lo suramericano que tiene, por referencia, la *virgen América* del barroco y melodramático vizconde de Chateaubriand.

Con un disculpable afán de localización para que, en los círculos del Plata, en su alta sociedad extranjerizante se comente, dice que, su conocimiento de Debussy, adviene en su cuarto del hotel de la Avenida Kleber. Es ella, en su propia expresión, *la petite argentine del 3^{me} etage*. ¡Qué delectación enfermiza encierra esta simple cláusula, esta designación de carácter genérico que, todavía en 1931, suscita en ella una grata resonancia! Y, en ese cuarto del hotel Kleber, celebra sus coloquios literarios con Rostand hijo y, con él, recita poesías de «Las Flores del Mal» y de «Fiestas Galantes», polemiza sobre puntos difíciles de dicción y fonética francesas, trata de descubrir el secreto de la gracia y de la levedad francesa inasequible al *meteco*, y conoce también al atormentado adolescente Cocteau que empieza, entonces, sus contactos con el misterio y que acabará por hacer a la voz humana protagonista de uno de sus inquietantes dramas. En el mundo feérico de sus dieciocho años y en el embrujamiento del ambiente de París, esclava de su hechizo, bautiza galantemente al hijo de Rostand de *le page de la vie* y, a Cocteau, con el calificativo de *le prince frivole*.

Francia se ancla aún más entrañadamente en su espíritu, y, ya mujer, en su madurez fecunda de creadora, conoce a Anne Elisabeth, princesa de Brancovan. De estirpe valaca por línea paterna y descendiente, por su madre, de los Musurus, humanistas de tendencias erasmianas y, por su matrimonio, condesa de Noailles. (La Brancovan es esa mujer que, en el lienzo de nuestro Ignacio Zuloaga, se desvanece entre gasas y tules, y en el que, bajo su frente espaciosa, se enciende la llama oscura de sus ojos de un negro metálico obsesionante que, hace palidecer la fisonomía exangüe y delicada). Antes de tener acceso a la amistad de Anne, Victoria ha reprimido su angustia y sus lágrimas sobre sus poemas «Eblouissements» y «Les Vivants et les Mortes». Y esta experiencia de la de Noailles se acrecienta con la de Paul Valery, el de «Cimitière marin».

Y en estas frecuentes singladuras rumbo a Europa y de retorno a América, conoce en Buenos Aires al carpetovetónico Ortega y Gasset. Este conocimiento establece una divisoria en su vida. Nace entonces, inesperadamente, en plena madurez, cerrado el ciclo de su formación intelectual, forjado ya su estilo en esa dura brega de la busca de la propia personalidad, el drama sin posible desenlace anclado profundamente en la vida de Victoria. Toda su obra ha sido escrita en francés.

Hasta ahora no había sentido la necesidad de manifestarse en el idioma de su país, en el idioma que, sus mayores, transportaron a América. El español la ha servido, como al viajero por tierras extrañas el idioma del país visitado, simplemente en su vida de relación, para las necesidades de orden práctico y subalterno, reducido, por tanto, a un parco acervo de palabras. Y cuando ha necesitado, por imperativo creador, realizar su obra, darse expresión a sí misma, ha recurrido al francés puesto que, ella, en su infancia, en su ambiente familiar y en el mundo que la circundaba, ha desenvuelto con normas, palabras y conceptos franceses sus actividades espirituales. Para el mundo de habla hispana, para hacerse oír de los de su raza y de los de su sangre, de ese amplio conglomerado de naciones y de hombres de todas las latitudes que tienen por común denominador el idioma de Castilla, ha utilizado el puente tendido entre dos idiomas que, es el traductor (*traduttore, traditore*).

Y, ahora, en 1916, España irrumpe en su vida a través de su idioma, trastocando conceptos que juzgaba inmutables, provocando en ella reacciones insospechadas. Las conferencias de Ortega, por entonces en Buenos Aires, despiertan en Victoria una profunda congoja. Aquel español flexible, rico en su diversidad, insinuante, plástico, armonioso en su fonética de la meseta castellana, dúctil como el más trabajado de los idiomas modernos, cuajado de sutilezas, de alusiones, es para Victoria una revelación. No era éste el español que ella conocía. No tenía la rigidez académica, el envaramiento de los escritores del XVIII y del XIX español. Una fresca vena, una iluminación de cosa recién creada, fragante, musical, nutrido de savia y de vigor, profundo y alado, desbordaba de sus cláusulas y hería vivamente su cerebro y su corazón. Lo abstracto y humano, en apretada alianza, creaban el verbo español con una imponderable potencia de captación y de imperio. Y sobre todo para Victoria, la belleza, nunca escuchada por ella, del coloquio en este español confidencial para, en la intimidad, dialogar de cosas inefables, de problemas psicológicos y espirituales y de inexpresables conflictos sentimentales. ¿Pero, era éste el español? ¿Pero, el idioma español podía expresar tan precisa y concretamente estados de ánimo de la complejidad de los de Swendenborg, de los de Federico Amiel? ¿Podía este idioma llegar a calidades no superadas por la lengua de la dulce Francia? ¿Pero cómo y por quién, se les había imbuído el convencimiento, la certidumbre clavada en sus espíritus de que, el español era una lengua muerta como el sánscrito, el caldeo, el siríaco y el latín, incapaz de dar vida y expresión a las formas de la vida ac-

tual y de encerrar en sus cláusulas la sensibilidad hiperestesiada de los hombres de su generación?

Y Victoria, conturbada, se debate en esta duda torturante y angustiadora. Victoria, una mujer —como ella dice— en busca de su expresión, una mujer cuyo drama íntimo es encontrarse a sí misma en su estilo, darse íntegra en su obra en una entrega espiritual absoluta, dueña de una técnica estilística a fuerza de profundizar en los áridos secretos de la dicción y de la fonética francesas, en sus polémicas con Rostand *petit*, se encuentra desarmada frente al español. Y, día a día, en una exploración gozosa, se evidencia a sí propia que, el idioma de sus mayores, el de los Ocampos peninsulares, tiene categoría universal, ha resuelto en su lograda y perfecta expresión intrincadas sutilezas espirituales y sabe conciliar contradicciones de dispar maridaje: lo secreto y lo inefable, lo sensual y lo místico, lo delicado y lo viril, academizar mejor que Racine y que Corneille, teologizar con sus escolásticos penetrando de humanidad la ecuación de un silogismo y, con LAS MORADAS Y LOS NOMBRES DE CRISTO, penetrar el idioma de una claridad transverberada de la presencia divina.

Y, así, con el profundo dolor de su incapacidad para recobrar el idioma que debió ser el suyo, dice: *siento que nunca vendrán espontáneamente en mi ayuda las palabras españolas precisamente cuando yo esté emocionada, cuando yo las necesite*, y, en una confesión desgarradora ¡cómo se siente el sollozo reprimido por esta impotencia irreparable!, *mi español —la expresión verbal me fue siempre difícil— era en otro plano casi primitivo y salvaje*. Y, después, el arrepentimiento por tantas concepciones erróneas, —vehículo de ellas la institutriz francesa que tanto ha contribuido a desespañolizar las clases elevadas de Suramérica— que, les fueron impuestas en su infancia, *el desdén latente hacia todo lo que venía de España*, la ignorancia sistemática y orgullosa de lo español. Y frente a esto, en su Buenos Aires, el idioma coloquial argentino con sus modismos pamperos, las corrupciones portuarias de la Boca, el suburbio marítimo donde los idiomas sufren una desintegración en sus elementos sintácticos y fonéticos y la articulación de ese detritus idiomático del *lunfardo* al que, Lugones, —un Lugones de nuestra montaña santanderina— quiso dar carta de naturaleza, oponiendo lo gregario, inconexo, elemental y nonnato a la perfecta y lograda maduración de un idioma milenario.

Para Victoria, en plena madurez creadora, es inútil toda resistencia. La revelación le ha llegado tarde. *Quedaré siempre prisionera de otro idioma, quiéralo o no*. El abandono, el repudio del idioma en que ha buscado su expresión a lo largo de su vida implicaría para ella la re-

nuncia a su infancia, la pérdida del mundo mágico de la niñez que sigue soterrado en nuestras vidas con nostalgias de paraíso perdido, y, sobre todo, de la emoción americana que llena y desborda su espíritu, aun cuando con acento y estilo galos.

El drama, sin solución posible en lo humano, ha quedado instalado de manera permanente en la vida de Victoria. Es una presencia viva y acusadora que perturba sus sueños. Mr. Daireaux, con una indiscreción muy francesa, herirá profundamente a Victoria, al declarar enjuiciando a uno de los escritores de la España americana: «... *lleva su coquetería* —y cita, al propio tiempo, otros escritores entre ellos a Victoria— *al extremo de hacer traducir al español por otros lo que antes publicó en francés*. Mr. Diareaux, con esa ligereza tan privativa del hombre de la dulce Francia, no fue capaz de intuir la trágica evidencia que, él, calificaba de coquetería.

Nosotros españoles y, españoles a quienes cupo el azar de nacer en tierra americana, sin perder por ello nuestra españolidad de siglos, no culparemos a Victoria Ocampo por hacerse traducir al español. Para nosotros es una española de América a la que un falso concepto del patriciado argentino ha planteado el difícil dilema de una hispanidad que, para expresarse, tiene que utilizar el idioma de un país fronterizo de España, con toda la rivalidad que se encierra en lo fronterizo.

Y, nunca, como Mr. Daireaux, esgrimiremos la palabra coquetería para calificar este deseo de Victoria de ver sus obras traducidas al español, al español para ella inasequible descubierto cuando se encontraba —en expresión del Dante— *nell mezzo del cammino della vita*.

EMILIO MARTIN DE CACERES



El desorden causado por la rebelión angélica consistió en el apartamiento por parte del ángel rebelde de su Dios, que era su centro, por medio de un cambio en su manera de ser, que consistió en convertir su movimiento de gravitación hacia su Dios, en un movimiento de rotación sobre sí mismo.

Donoso CORTÉS

SONETOS de AYER

por

PEDRO ROMERO MENDOZA